

JUBILEO DE LA MISERICORDIA

Cuadernillos para la reflexión



San Agustín de Hipona, Philippe de Champaigne, siglo XVII

LA MISERICORDIA EN SAN AGUSTÍN

Parroquia Nuestra Señora de Loreto
Comunidad San Agustín de Canning

¡Dios mío!, que yo te recuerde en acción de gracias y confiese tus misericordias sobre mí. [...] Rompiste mis ataduras; te ofreceré un sacrificio de alabanza. Contaré cómo las rompiste, y todos los que te adoran dirán cuando lo oigan: Bendito sea el Señor en el cielo y en la tierra; grande y admirable es el nombre suyo.¹

Agustín nace el año 354 en la pequeña ciudad de Tagaste, en la actual Argelia, un enclave de civilización romana en África. Su padre, el pagano Patricio, busca otorgarle una buena educación, que Agustín aprovecha como gran medio de ascensión social. Así, Agustín llegará a ser retórico en la corte de Milán y, una vez convertido, será obispo de Hipona, segundo puerto de África.

Hombre inquieto y de extraordinarias cualidades, su doctrina incorpora el pensar filosófico a la teología latina, y esta impronta acompañará a Occidente durante los tiempos duros de la Edad Media, hasta nuestros días.

La vida de Agustín fue, sin embargo, tormentosa durante muchos años y su proceso de conversión resultó largo y difícil. Él mismo describe este proceso con gran detalle en sus Confesiones, joya de la literatura universal y fuente que repasaremos para abordar en este fascículo la misericordia de Dios, que siempre nos espera:

Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.²

Infancia y adolescencia de Agustín³

Agustín, en su primera infancia, recuerda cómo, acogido en esta vida por la misericordia de Dios en los consuelos de la leche humana⁴, se enciende en ira, indignación y envidia cuando no se le proporciona lo que apetece:

Cuando no se me obedecía, o porque no me habían entendido o porque me era dañino, me indignaba con los mayores porque no se me sometían, y con los libres porque no aceptaban ser mis esclavos, y me vengaba de ellos llorando.⁵

En su paso de la infancia a la niñez, la sociedad no lo hará mejor. Estudia en la escuela por obligación, bajo la amenaza de los azotes, pero se distrae en juegos de niños, que lo cautivan. Espontáneamente reza, buscando en Dios su refugio, para no ser azotado.

Agustín cae gravemente enfermo y pide el bautismo, pero, cuando mejora, se lo dilatan:

Y así se difirió mi purificación como si fuera inevitable que me manchara de nuevo, si vivía, y porque, en verdad, después del bautismo la falta sería más grave y peligrosa si yo recaía en los fangos del pecado.⁶

Agustín tiene éxito en la escuela, y se vuelve vanidoso; además es mentiroso, trampea en las competencias y comete pequeños robos familiares:

Hacía algunos hurtos de la despensa de mis padres y de la mesa, ya provocado por la gula, ya también por tener que dar a los niños que me vendían el gusto de jugar conmigo, aun

¹ San Agustín; *Confesiones* (Libro VIII, núm. 1)

² Id. (Libro I, núm. 1)

³ El relato sintético de la vida de San Agustín está tomado de Zañartu, Sergio s.j. (año desconocido). *La conversión de San Agustín*. Conferencia de extensión con motivo del Seminario de Estudios Patristicos, Universidad Católica de Chile.

⁴ San Agustín representa la misericordia de Dios encauzada a los niños con la figura de la abundancia de la leche materna.

⁵ Id. (Libro I, núm. 8)

⁶ Id. (Libro I, núm. 17)

*cuando ellos se divirtiesen igualmente que yo. En el juego andaba frecuentemente a caza de victorias fraudulentas, vencido del vano deseo de sobresalir.*⁷

Al terminar sus estudios, debe esperar un año antes de continuar su formación en Cartago. En este año de ociosidad, con malas compañías, en sus tormentosos dieciséis años de edad, experimenta un despertar brusco de su sexualidad:

*Yo no guardaba un modo de intercambio de alma a alma, como señala la senda luminosa de la amistad. Por el contrario, surgían nieblas del fango de la concupiscencia carnal y del manantial de la pubertad, que oscurecían y ofuscaban mi corazón, a tal punto que no distinguía la serenidad de la dilección de la espesa polvareda de la sensualidad. Ambas confundidas abrazaban y arrastraban mi débil edad por los senderos abruptos de las pasiones y la sumergían en el abismo de los vicios.*⁸

*Amar y ser amado era lo más dulce para mí si yo podía gozar también del cuerpo del ser amante. Manchaba, por lo tanto, la vena de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia y oscurecía su candor con los vapores infernales de la sensualidad.*⁹

Algo que retendrá largamente la atención de Agustín, es un robo de peras que comete por el solo gusto de hacer lo prohibido:

*Ni quería gozar de ese objeto que apetecía por el robo, sino del mismo robo y pecado.*¹⁰

Ya en Cartago, sentirá el pesar de su camino lejos de Dios y de sí mismo:

*Dios mío, misericordia mía, con cuánta hiel no rociaste aquella mi suavidad y cuán bueno fuiste en ello. Porque fui amado y llegué secretamente al vínculo del placer y, alegre, me dejé atar con ligaduras de miseria para ser luego azotado con las varas de acero candente del cielo, de las sospechas y de los temores y de las iras y de las contiendas.*¹¹

*Porque tú has prescrito, y así es, que toda alma desordenada sea para sí misma su propio castigo.*¹²

Juventud de Agustín en Cartago

Agustín, a sus diecinueve años de edad y por razón de sus estudios, lee a Cicerón, y comienza a arder en deseos de alcanzar la sabiduría filosófico-religiosa:

*De repente toda vana esperanza llegó a ser vil para mí y con increíble ardor de corazón anhelaba la inmortalidad de la sabiduría. Había comenzado a levantarme para volver hacia ti.*¹³

*¡Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía en deseos de volar desde lo terreno hacia ti! ¡Y no conocía lo que tú obrabas conmigo! Porque en ti está la sabiduría. [...] Y sólo una cosa me quebrantaba en tanto ardor: el nombre de Cristo no estaba allí. Porque este nombre, Señor, el nombre de mi Salvador, tu Hijo, por tu misericordia mi tierno corazón lo había bebido piadosamente ya en la misma leche materna y lo guardaba en lo más profundo. Y nada sin este nombre, por muy literario, pulido y verídico que fuera, me arrebatara del todo.*¹⁴

⁷ Ibíd. (Libro I, núm. 30)

⁸ Id. (Libro II, núm. 2)

⁹ Id. (Libro III, núm. 1)

¹⁰ Id. (Libro II, núm. 9)

¹¹ Id. (Libro III, núm. 1)

¹² Id. (Libro I, núm. 19)

¹³ Ibíd. (Libro III, núm. 7)

¹⁴ Id. (Libro III, núm. 8)

Esta carencia lo conduce a leer la Biblia. Pero Agustín no encuentra en ella el lenguaje ciceroniano, y no alcanza su misterio. Le falta aún preparación y humildad.

En ese momento de su vida, se encuentra con la secta de los maniqueos, que, revistiéndose de apariencia cristiana y contraponiéndose a la tradicional y ruda Iglesia africana, estaba haciendo estragos entre los cristianos de África. Los maniqueos atraen a Agustín por su apariencia de perfección y su intelectualismo, al mismo tiempo que lo confirman en el rechazo de la Biblia y diluyen su complejo de culpabilidad al explicarle que su mal no es culpa personal suya, sino de un principio del mal distinto de él. Más de nueve años durará este embaucamiento doloroso, seguido de una creciente desilusión:

De este modo caí entre hombres delirantes de soberbia, carnales y locuaces en demasía, que tenían en su boca los lazos del diablo y una sustancia pegajosa hecha con mezcla de las sílabas de tu nombre y del Señor Jesucristo y del Paráclito, consolador nuestro, el Espíritu Santo.¹⁵

Su madre Mónica estará cada vez más presente en la conversión de Agustín. Agustín le profesa un amor extraordinario. Es ella una mujer dominante, pero con la sabiduría de la mujer sencilla y piadosa. Para Agustín el catolicismo será la religión de Mónica.

En Cartago, Agustín se instala como profesor de retórica. Vive con un grupo de amigos, con los que cultiva un intenso diálogo intelectual y fraternal. Este círculo es prototipo de la comunidad a la que seguirá aspirando. Por esos años, Agustín sigue buscando la verdad en la filosofía, la astrología y las Sagradas Escrituras.

La búsqueda de Agustín en Milán

Atraído por una carrera más esplendorosa, Agustín parte a Roma y obtiene, gracias a influencias maniqueas, el nombramiento de retórico en la corte de Milán, a los treinta años de edad.

Por ese tiempo acude a escuchar al obispo Ambrosio, gran pastor y hombre de enorme autoridad en el Imperio en todos los asuntos referentes a las relaciones Iglesia-Estado. No encuentra su retórica tan seductora, pero sí muy rica en contenido, que lo irá penetrando lentamente. Es entonces cuando decide romper con los maniqueos y considerarse catecúmeno de la Iglesia católica:

Todo el esfuerzo que me había propuesto de progresar en esa secta, desapareció completamente apenas conocí a aquel hombre.¹⁶

Resolví, por lo tanto, ser catecúmeno en la Iglesia Católica, que tenía la recomendación de mis padres, hasta que no brillase algo de cierto hacia dónde dirigir mis pasos.¹⁷

Simpatizante del cristianismo, Agustín a esta altura quiere la claridad total para avanzar; no desea volver a equivocarse como le aconteció con el maniqueísmo.

Entonces florecen los proyectos intermedios: matrimonio y gobierno. Despide a su concubina después de quince años de convivencia, por los impedimentos de clase, y pide la mano de una joven. En el entretiem po le es imposible contenerse, y se procura otra mujer: su herida se gangrena, su crisis se agrava:

¹⁵ Id. (Libro III, núm. 10)

¹⁶ Id. (Libro V, núm. 13)

¹⁷ *Ibid.* (Libro V, núm. 25)

Se multiplicaban mis pecados y, arrancada de mi costado, como impedimento para el matrimonio, aquella con quien solía compartir mi lecho, mi corazón, al que ella se había adherido, fue destrozado y herido, y manaba sangre.¹⁸

Yo me hacía cada vez más miserable y tú más cercano.¹⁹

En su búsqueda intelectual, Agustín percibe la enorme distancia entre Dios y él mismo. Sus fuerzas no le bastan. Entonces descubre el rol del mediador: Cristo. Se maravilla, pues ha encontrado la humildad y la gracia:

Mas el verdadero Mediador, a quien por tu secreta misericordia revelaste a los humildes y lo enviaste para que con su ejemplo aprendiesen hasta la misma humildad; aquel Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, apareció entre los pecadores mortales y el Justo Inmortal, mortal con los hombres, justo con Dios...²⁰

¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo único, sino que le entregaste por nosotros, impíos! ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, quien no tenía por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz, siendo el único libre entre los muertos, teniendo potestad para dar su vida y para nuevamente recobrarla...! [...] Con razón tengo yo gran esperanza en él de que sanarás todos mis languores por su medio, porque el que está sentado a tu diestra te suplica por nosotros; de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son las dolencias, sí; muchas y grandes son, aunque más grande es tu Medicina.²¹

Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: Por eso murió Cristo por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos.²²

Sin embargo, habiendo superado los problemas intelectuales, ahora Agustín siente todo el peso del pecado en su voluntad, y toma profunda conciencia de la debilidad de su querer:

Respecto a mi vida temporal todo vacilaba y había que purificar el corazón de la vieja levadura; y me gustaba el camino —el mismo Salvador—, pero todavía temía caminar por sus desfiladeros.²³

Acude a Simpliciano, padre espiritual de Ambrosio, para consultarlo sobre el camino: matrimonio o celibato. Simpliciano le cuenta la conversión del neoplatónico Mario Victorino, que muestra la compatibilidad entre la filosofía y la Iglesia. Agustín arde en deseos de imitarlo. Pero vuelve a encontrar en él dos voluntades en pugna:

El enemigo poseía mi querer y de él me había hecho una cadena y me aprisionaba. Porque de la voluntad perversa nace el apetito y de servir al apetito nace la costumbre y de no resistir a la costumbre nace la necesidad. Por medio de éstos, a modo de anillos entrelazados entre sí —por esto hablé de cadena—, una dura servidumbre me tenía atado. Por otra parte, la voluntad nueva, que había comenzado a formarse en mí, de servirte gratuitamente y de querer gozar de ti, Dios mío, único regocijo cierto, todavía no era apta para vencer a la primera,

¹⁸ Id. (Libro VI, núm. 25)

¹⁹ Id. (Libro VI, núm. 26)

²⁰ Id. (Libro X, núm. 68)

²¹ Id. (Libro X, núm. 69)

²² Id. (Libro X, núm. 70)

²³ Id. (Libro VIII, núm. 1)

*robustecida con los años. De este modo dos voluntades en mí, una vieja y otra nueva, la carnal y la espiritual, luchaban entre sí y su discordia dislocaba mi alma.*²⁴

Crisis y conversión de Agustín

Al escuchar el relato de Ponticiano sobre la vida de Antonio, monje egipcio, sobre la vida de los monasterios y sobre la brusca conversión de dos compañeros de Ponticiano, Agustín se enfrenta a su propio pecado, y sin poder ya escabullirse, llega al paroxismo de su crisis:

*Entonces, en verdad, cuanto más ardientemente amaba a aquellos, escuchando sus sentimientos saludables porque se habían entregado totalmente a ti para ser sanados, tanto más execrablemente me odiaba a mí mismo, al compararme con ellos.*²⁵

*Había pensado que yo difería por eso de día en día el solo seguirte a ti, despreciada la esperanza del siglo, porque no se me descubría algo cierto adonde dirigir mis pasos.*²⁶

*¿Qué es lo que nos pasa? ¿Qué es esto que has oído? Se levantan los indoctos y arrebatan el cielo, y nosotros, con todo nuestro saber, faltos de corazón, ved que nos revolcamos en la carne y en la sangre. ¿Acaso nos da vergüenza seguirles por habernos precedido y no nos la da siquiera el no seguirles?*²⁷

*Manda el alma al cuerpo y le obedece al punto; se manda el alma a sí misma y se resiste. ¿De dónde este monstruo? ¿Y por qué así?*²⁸

*Me decía a mí mismo interiormente: ¡ea!; ¡sea ahora, sea ahora! Y con esta palabra ya iba a decidirme, ya casi lo hacía; pero no lo hacía, aunque no volvía a caer en lo anterior sino que estaba muy cerca y tomaba aliento. Y de nuevo me esforzaba y era ya un poco menos lo que distaba y otro poco menos y ya casi tocaba y lo tenía. Y no, no llegaba ni lo tocaba ni lo tenía, dudando en morir a la muerte y vivir a la vida.*²⁹

Las viejas tentaciones que se alejan preguntan a Agustín si va a poder vivir sin ellas. Por otro lado, la digna y serena gallardía de la continencia lo invita a imitar lo que hacen tantos hombres y mujeres en la Iglesia: confiar en la gracia de Dios. Agustín prorrumpe en llanto, que es súplica a Dios.

Entonces, siguiendo a la voz de la Providencia “toma y lee”, abre la Biblia al azar. Es un pasaje de la epístola a los Romanos:

*“No en comilonas y borracheras, no en fornicaciones y deshonestidades, no en contiendas y envidias, sino revestíos del Señor Jesucristo y no proveáis a la carne con concupiscencias.”*³⁰

*Al instante, en efecto, al terminar esta sentencia, como si una luz de seguridad se hubiera derramado por mi corazón, se disiparon todas las tinieblas de la duda.*³¹

Ha triunfado la atracción de Dios. Agustín ha llegado al reposo y al júbilo después de un largo y doloroso peregrinar. Alipio se le agrega inmediatamente. Comunican la noticia a

²⁴ Ibíd. (Libro VIII, núm. 10)

²⁵ Id. (Libro VIII, núm. 16)

²⁶ Id. (Libro VIII, núm. 18)

²⁷ Id. (Libro VIII, núm. 19)

²⁸ Id. (Libro VIII, núm. 21)

²⁹ Id. (Libro VIII, núm. 25)

³⁰ Rm 13, 13-14

³¹ San Agustín; *Confesiones* (Libro VIII, núm. 29)

Mónica, que es colmada por el gozo. Su oración ha sido escuchada por Dios más allá de lo que ella misma pedía.

Junto con él se convierte su grupo de amigos. Agustín deja su profesión de retórico, lleno de fervor y alegría. El año 387, a los 32 años, es bautizado en Milán por Ambrosio, junto con su amigo Alipio y su hijo Adeodato.

El grupo decide volver a África, para formar una simple comunidad filosófica, pero experimentan las necesidades apremiantes de la Iglesia de África. El año 391 va a ser consagrado sacerdote de Hipona, y el 396, obispo titular.

Epílogo: Las Confesiones

Diez años después de su conversión, Agustín reinterpreta su vida en las Confesiones:

¿Quién fui yo y qué tal fui? ¿Qué no hubo de malo en mis obras, o si no en mis obras, en mis palabras, o si no en mis palabras, en mis deseos! Mas tú, Señor, te mostraste bueno y misericordioso, poniendo los ojos en la profundidad de mi muerte y agotando con tu diestra el abismo de corrupción del fondo de mi alma. Todo ello consistía en no querer lo que yo quería y en querer lo que tú querías.³²

Me viene a la memoria -y me es dulce confesártelo, Señor- el recuerdo de los estímulos internos con que me domaste, y el modo como allanaste -humillados repetidas veces los montes y collados de mis pensamientos-, y cómo enderezaste mis sendas tortuosas y suavizaste mis esperanzas.³³

Agustín ya no aspira a ser un sabio, semejante a Dios, en una atmósfera retirada, en una vida de contemplación. Tiene plena conciencia de sus debilidades y limitaciones. Para él el hombre depende totalmente de la gracia de Dios. La vida espiritual es siempre un camino, camino difícil, que hay que seguir recorriendo:

¡Ay de la vida de los hombres, por laudable que sea, si tú la examinas dejando a un lado la misericordia! Mas porque sabemos que no escudriñas hasta lo último nuestros delitos, vehemente y confiadamente esperamos ocupar un lugar contigo. Porque quien enumera en tu presencia sus verdaderos méritos, ¿qué otra cosa enumera sino tus dones? ¡Oh si se reconociesen hombres los hombres, y quien se gloria se gloriase en el Señor!³⁴

Las confesiones de mis males pretéritos -que tú perdonaste ya y cubriste, para hacerme feliz en ti, cambiando mi alma con tu fe y tu sacramento-, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: “No puedo”, sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que se da cuenta por ella de su debilidad.³⁵

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste, y me abrasé en tu paz.³⁶

³² Id. (Libro IX, núm. 1)

³³ Id. (Libro IX, núm. 7)

³⁴ Id. (Libro IX, núm. 34)

³⁵ *Ibid.* (Libro X, núm. 4)

³⁶ Id. (Libro X, núm. 38)

Las Confesiones son una síntesis de la historia del pecado y de la gracia, del amor salvador de Dios. Agustín nos sumerge en su mundo, en sus reflexiones, y así oramos y buscamos con él la misericordia de Dios. La conversión es el doloroso camino para superar la esclavitud de los sentidos, es la aventura del sometimiento de la razón a la gracia. Su fruto es la victoria de la gracia:

He aquí que no oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo miserable. ¿Acaso no es tentación la vida del hombre sobre la tierra? ¿Quién hay que guste de las molestias y trabajos? Tú mandas tolerarlos, no amarlos. Nadie ama lo que tolera, aunque ame el tolerarlos. Porque, aunque goce en tolerarlos, más quisiera, sin embargo, que no hubiese qué tolerar.

En las cosas adversas deseo las prósperas, en las cosas prósperas temo las adversas. ¿Qué lugar intermedio hay entre estas cosas en el que la vida humana no sea una tentación?³⁷

Toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras.³⁸

³⁷ Id. (Libro X, núm. 39)

³⁸ Id. (Libro X, núm. 40)